

ALGUNOS CAMBIOS EN LA ECONOMIA MUNDIAL

CHINA, NIXON Y EL COMERCIO LATINOAMERICANO

Por Arturo BONILLA

El reciente viaje de Nixon a la República Popular China marca un quiebre importante en la estrategia global de la política norteamericana, consistente en el reconocimiento de una realidad que a despecho de los EUA se había impuesto definitivamente es ese país: un gobierno políticamente capaz, fuertemente respaldado por el pueblo, que en el curso de 22 años había sentado las bases para sacar a la economía de su ancestral atraso y dominación extranjera para transformarla en una economía saneada y con vigorosa expansión. Como gen-darmes de la contrarrevolución mundial, los últimos gobiernos norteamericanos se habían empeñado en encabezar y llevar adelante una campaña sistemática de aislamiento político, diplomático y cultural de China y en lo económico hicieron todo lo posible por bloquear todo intento de relaciones comerciales de ese país con el resto del mundo. En rigor, dicha campaña de sistemática hostilidad por parte de los gobiernos norteamericanos en contra de la revolución china se había iniciado desde la década de los treinta a través del apoyo masivo, en armas, dinero y asistencia técnica al corrompido gobierno de Chiang-Kai-Shek.

En la medida en que transcurría el tiempo la política norteamericana en Asia se empantanaba, como lo demuestran sus experiencias belicistas en Corea y sobre todo en Vietnam. A su vez los gobiernos europeos y el japonés, menos comprometidos que los EUA en dicha política, empezaron a aumentar sus relaciones comerciales con todo

el mundo socialista incluyendo a China. En especial el comercio de Europa occidental y del Japón empezó a aumentar en mayor escala a raíz del retiro de la asistencia técnica soviética a China en 1960. La posibilidad de que el gobierno de Mao se viniera abajo se extinguía, lo que obligó a los europeos occidentales a adoptar una actitud más pragmática que les empezó a dar buenos resultados: a finales de la década pasada habían logrado sacar considerable ventaja a los EUA en el desarrollo de las relaciones comerciales con China.

Para el gobierno norteamericano lo anterior no tendría importancia, puesto que el comercio de China con los europeos occidentales y los japoneses —pese a su rápido crecimiento— sólo significa una pequeña parte del comercio exterior de aquellos países; sin embargo, si se toma en cuenta que los EUA —pese al aumento absoluto de sus exportaciones— han venido perdiendo importancia relativa en su participación en el comercio internacional, tendencia que se manifiesta prácticamente como resultado de los avances logrados por Europa occidental y Japón en todo el comercio mundial, incluyendo a los países socialistas.

En el conjunto de las relaciones económicas internacionales, las corrientes de mercancías sólo ocupan una parte del total de aquellas y si bien es cierto que en el otro gran sector —el movimiento internacional de capitales— las grandes corporaciones norteamericanas siguen conservando la supremacía —con inversiones de más de 70 000 millones de dólares fuera del territorio de EUA—, en el mercado de dinero los norteamericanos están fuertemente endeudados con más de 50 000 millones de dólares, sobre todo con los europeos occidentales y los japoneses.

El acercamiento de Nixon a China no debiera considerarse únicamente derivado de la pérdida relativa de las ventajas logradas por los EUA en el comercio mundial. El problema es más complejo y debiera contemplarse como parte de la quiebra de la política global de los EUA en Asia. Para quienes sigan la pista a estas cuestiones con objetividad, el acercamiento a China es un “coproducto”, principalmente del creciente descontento popular que se ha desatado en los EUA por su ya prolongada y altamente destructiva intervención mi-

litar en Vietnam y que Nixon oportunistamente ha logrado capitalizar para fines electorales.¹

Con excepción de Cuba a partir de 1960, y a pesar de diferencias de matices, los gobiernos latinoamericanos se aliaron a la política exterior norteamericana, tanto por su carácter conservador como por su debilidad política ante los EUA para imponer una línea de acción.

La política exterior latinoamericana, al convertirse en una variable dependiente de la de EUA, sufriría en lo fundamental las mismas vicisitudes y fracasos que ha venido cosechando la política exterior norteamericana, con la ventaja de que no son los gobiernos latinoamericanos los directamente afectados por esos fracasos, pero con el enorme agravante de que en tanto los EUA tienen la iniciativa para maniobrar en gran escala —como lo revela el propio viaje de Nixon a China— para los gobiernos latinoamericanos esta posibilidad de maniobra no existe. Difícilmente un jefe de estado latinoamericano, por ejemplo, se hubiera atrevido a hacer un viaje a China dentro del marco de la vieja política de guerra fría que los norteamericanos crearon. Desde luego que la posibilidad de crear una política independiente por parte de algún gobierno latinoamericano existe, a pesar de que no se modificara la política exterior norteamericana, pero ello dependería del cambio de correlación de fuerzas interiores de cada país, como la revela el caso de Chile.

Pero aún hay más. En tanto que la política exterior norteamericana ha llegado a un punto de inflexión que marca el fin de su carácter hegemónico en el mundo (1945-1972), la mayor parte de los gobiernos latinoamericanos continúan con la vieja política que los EUA han abandonado —votando en contra de la admisión de China Popular y negándose a su reconocimiento diplomático. Salvo los casos de Cuba y Chile que por razones políticas internas ya no seguían la política exterior norteamericana, y los de Argentina, Perú

¹ Baste recordar al respecto que recientemente fue dado a conocer a la opinión pública norteamericana un estudio amplio y detallado preparado en una Universidad de aquel país en donde se afirmaba que la sola acción de bombardeo aéreo sobre territorio vietnamita era equivalente a 6 millones de toneladas de bombas y según el mismo estudio, esto significaba 3 veces más el tonelaje de bombas arrojadas en Europa durante la segunda guerra mundial.

y México que modificaron su posición a la par que la de los EUA, los demás gobiernos latinoamericanos adoptaron una posición política, históricamente obsoleta.

Esta inflexibilidad de la política exterior de América Latina es sólo uno de tantos botones de muestra, reveladores de la incapacidad histórica de la burguesía latinoamericana para hacer frente a la competencia que le hacen las burguesías de los países desarrollados.

A su vez, el comercio exterior de los países socialistas ha aumentado considerablemente, pero sus nexos comerciales se han venido desarrollando principalmente con los países de Europa occidental y Japón y en el panorama económico internacional no parece existir alguna posibilidad de que estas tendencias se modifiquen en favor de las burguesías latinoamericanas.

Los factores que provocan y coadyuvan a esa situación desfavorable en el comercio internacional son muchos; baste señalar algunos de los más importantes: a) escasa representación diplomática y comercial, b) ignorancia de las necesidades de los países socialistas que podrían satisfacerse con productos latinoamericanos c) debilidad financiera para apoyar las exportaciones, d) escasa diversificación de los productos latinoamericanos que se pueden ofrecer competitivamente, e) costos superiores a los que tienen los países desarrollados para mercancías similares, f) escaso desarrollo de la flota comercial latinoamericana para tocar puertos de países socialistas y de otras naciones, g) fuerte control de las exportaciones latinoamericanas por parte de grandes corporaciones de los EUA; y por si lo anterior no fuera suficiente, h) presiones políticas y diplomáticas, especialmente de los EUA para bloquear cualquier intento serio de comercio con los países socialistas. En el caso específico de Cuba, que ejerce influencia política en el resto de América Latina, los grupos más conservadores de la burguesía latinoamericana no desarrollan el comercio con aquel país, como una medida de tantas que pudieran dar al traste con su nueva estructura socialista.

Cierto es que los países socialistas ofrecen —para el desarrollo de relaciones mercantiles— problemas específicos que no tienen los países del mundo capitalista, especialmente aquellos derivados de la es-

casez de divisas occidentales y que obligan a que prácticamente se realicen operaciones de trueque en forma bilateral; pero estos problemas son comunes para todos los países capitalistas que quieran comerciar con los socialistas y no pueden servir de argumento para explicar por qué las burguesías europeas han aprovechado mejor las oportunidades de comercio que se abren con la expansión de las compras de los países socialistas.

Las perspectivas para una vigorosa expansión de las exportaciones latinoamericanas, de acuerdo con la CEPAL, son muy inciertas, pues se estima que —salvo las exportaciones de petróleo y hierro el resto no tiene posibilidad de que crezcan extraordinariamente, a fin de que por este medio se pudiera por lo menos disminuir los fuertes desequilibrios que durante los últimos veinte años ha sufrido la balanza de pagos de América Latina.

Desequilibrios que en parte se han atenuado sobre la base de “resolver” problemas del presente para agravar los del futuro inmediato, mediante el expediente de recurrir a los préstamos internacionales. La deuda pública exterior de Latinoamérica ha crecido a un volumen sin precedente durante los últimos veinte años. Visto este mismo problema desde otra perspectiva se puede observar lo siguiente: en aras de mantener un precario equilibrio financiero se ha facilitado la dependencia latinoamericana de los grandes centros bancarios, principalmente de los EUA.

El panorama económico internacional tiende a tornarse más difícil e incierto para las burguesías latinoamericanas, si a los factores antes indicados se le agregan las medidas proteccionistas y unilaterales que han venido adoptando los EUA. Como se sabe, las crecientes dificultades que ha afrontado el gobierno norteamericano lo han orillado a tomar medidas desesperadas ante la necesidad imperiosa de disminuir los déficit crecientes de su balanza de pagos, y si bien los problemas más característicamente “internos” como la inflación y el desempleo todavía no son de proporciones catastróficas, sí penden como espada de Damocles sobre ellos. Como se sabe, dichas dificultades tienen su origen en los enorme gastos que genera el imperio norteamericano tanto por su expansión —creciente inversión de capitales en el exterior— como por su sostenimiento en gastos milita-

res dentro y fuera de sus fronteras. Las medidas adoptadas por el gobierno norteamericano en 1971, como el famoso 10% del impuesto que se estableció para todos aquellos productos que importaba el público norteamericano, tuvieron como propósito disminuir un tanto su déficit en balanza comercial. El gobierno norteamericano en su necesidad de supervivir, adoptará tantas veces como sea necesario medidas similares. Los desequilibrios que medidas de esa naturaleza provoquen en América Latina serán la cuota indispensable que las burguesías latinoamericanas paguen en la defensa del sistema capitalista y aquéllas a su vez tratarán de descargar sobre los pueblos el monto de la cuota. Sólo en la medida en que los pueblos latinoamericanos modifiquen la correlación interna de fuerzas políticas será posible modificar los efectos negativos que la actual estructura económica mundial impone.